



LIBRO SEGUNDO

Vida pastoral del presbítero Vianney.

DESDE LA TOMA DE POSESIÓN DEL CURATO DE ARS,
HASTA EL PRINCIPIO DE LA PEREGRINACIÓN
(1818-1828)

CAPITULO PRIMERO

Llegada de Vianney á Ars.—Su oración continua.—Las
primicias de su ministerio.—La señorita de Ars.

EL joven presbítero se presentó á ocupar su puesto al principio de la Cuaresma del año de 1818. Tanto cuidaba el nuevo Párroco de ocultar sus virtudes y de hacerse olvidar, que de seguro hubiera ignorado el pueblo de Ars el tesoro que el Cielo le había enviado, si los numerosos viajeros de Ecully no hubiesen llevado el ¡ah! de la gran pena que allí había dejado su ausencia, y á la que no podían habituarse. Por otra parte, lo que no podía ocultar, y á pesar suyo mostraba al exterior las riquezas del alma, era la energía de su fe, su piedad

y fervor en el santo altar, y su profundo recogimiento en la oración. Tan pronto como le vieron celebrar el Santo Sacrificio, todos, cual si hubiese precedido un acuerdo general, se preguntaban mutuamente: «¿Habéis observado á nuestro nuevo Párroco? Parece un hombre diferente de los demás; hay en él algo de extraordinario: nos han mandado un Santo.»

Desde que Vianney llegó á la parroquia, eligió la iglesia para morada suya, y allí se le veía pasar largas horas postrado en medio del presbiterio, en la más completa inmovilidad. «Se bañaba,» según su expresión, en las llamas del amor ante Nuestro Señor Jesucristo, realmente presente en el sagrado altar. Entraba en la iglesia antes de la aurora, y no salía de ella hasta después del *Angelus* de la noche. En la iglesia era preciso buscarle cuando se le necesitaba, en la seguridad de hallarle allí. Ya se comprende que con tal vida, el arreglo de su casa, los muebles y las cosas necesarias para una cómoda instalación, eran casi superfluos, y jamás se preocupó de eso poco ni mucho. Así, pues, la casa rectoral de Ars comenzó á tener aquel aspecto singular que posteriormente causó admiración á tantos visitantes, que se creían felices por haber barrido una vez el polvo de sus viejas escaleras. Bien se advertía que allí habitaba alguna persona; pero caía uno en la tentación de creer que era la morada de un espíritu, por la ausencia que se notaba de las cosas más necesarias á la vida.

Nada se escapaba al ojo atento de los parroquianos, y cada día les daba un nuevo motivo de edificación. «Muchos me han dicho—son palabras textuales de Catalina Lassagne:—¡Cómo nos gusta ver al señor Párroco, sobre todo por la mañana temprano,

»cuando reza sus oraciones! Antes de comenzar, y de cuándo en cuándo, mientras reza el Oficio divino, »mira el tabernáculo con una sonrisa que encanta...» Yo mismo he observado también eso muchas veces. Pudiera creerse que veía á Nuestro Señor. Yo estaba verdaderamente confundido de mi miseria espiritual en la presencia de Dios, cuando consideraba, á la luz de la lámpara que ardía al pie del altar, aquella figura seca y descarnada, aquella mirada brillante, que se fijaba sobre la puerta del tabernáculo con una expresión de felicidad imposible de describir.

He aquí las impresiones de un joven seminarista que tuvo el privilegio de rezar muchas veces el Oficio divino con Vianney:

«¡Oh cuán afectuosa y tierna era su piedad! Nada presentaba de singular ni afectado; fluía naturalmente de su corazón, como el agua de una fuente abundante; tenía una dulzura y suavidad angélicas. No se mostraba todo al exterior, y era fácil reconocer que la fuente manaba sólo después de llena... Me era imposible contener las lágrimas cuando de su pecho, desfallecido por el ayuno, se escapaban profundos suspiros; y, sobre todo, cuando dirigía hacia el cielo sus miradas afectuosas. Yo me ruborizaba de ser tan frío é imperfecto; se apoderaba de mí una santa vergüenza; era el descontento de mí mismo, y en tales momentos le hubiera querido ver menos seráfico. Mas la gracia me reprendía interiormente al instante, y, transportado fuera de mí mismo, ya no tenía más que un deseo, y era imitar su fervor y su piedad.»

El presbítero Vianney había tomado posesión de la parroquia con una alegría mezclada de humildad.

El rincón de tierra que en el campo del Padre de familias tenía que cultivar, era bien pequeño, pero él lo creía aún demasiado grande para su mérito; y cuando, desde las alturas que rodean á su amada parroquia, miraba las casas y los campos, su corazón latía de reconocimiento y de ternura, pensando que le habían juzgado digno de conducir almas á Dios. Hubiera deseado reunir las todas, como la gallina reúne los polluelos bajo sus alas, y las abrazaba todas en el fondo de su pensamiento; prometiendo amarlas, serles fiel y no buscar ya en este mundo más que á ellas, porque ellas solas bastaban, así para sus penas como para sus alegrías.

¡Sus alegrías! ¡Ay, cuán distantes estaban aún para el pobre Párroco de Ars! Para eso era preciso que su parroquia hubiera sido tan ejemplar entonces como la hemos conocido después; mas, desgraciadamente, lo mismo allí que en otras partes de la Dombés, muchas almas permanecen en esa indiferencia glacial, que adquiere un carácter tan obstinado como aflictivo, por la ignorancia, por la abyecta condición y por la verdadera esclavitud del cuerpo, siempre sujeto á un trabajo continuo. La virtud era allí poco conocida, y por consiguiente poco practicada. Los jóvenes no pensaban en otra cosa que en diversiones y placeres. Todos los domingos se reunían en la plaza, cerca de la iglesia, ó en las tabernas del pueblo, según la estación, para entregarse á los bailes y á toda clase de diversiones.

¿Quién podrá saber jamás todo lo que el corazón del santo sacerdote tuvo que sufrir, al contemplar el triste estado de su parroquia? ¡Cuánto ha debido penar su alma, en el principio de sus trabajos, vien-

do la inutilidad aparente de su ministerio, en medio de una población tan poco piadosa, y en la que debía pasar tan tristemente su vida! ¡Cuántas veces se le vió derramar sobre las infidelidades de su pueblo aquellas santas lágrimas que derramó el Salvador sobre la ingrata Jerusalén! Esto no obstante, el dolor que al Párroco de Ars causó la triste situación de su parroquia, jamás le llevó al desaliento; y reconociendo desde luego la dificultad de la empresa, creyó que con la gracia de Dios podría aún hacer algo en interés de su gloria. Desde el principio asoció la predicación de la santa palabra á la oración constante; y daba tan soberana importancia al ministerio de la palabra, que consagraba todo el tiempo que le dejaban libre los ejercicios espirituales á prepararse con un trabajo incesante. No perdonaba sacrificio alguno para ponerse en estado de predicar á su pueblo con toda la fuerza y elocuencia de que era capaz. Para componer las pláticas y homilias se encerraba días enteros en su sacristía, y, cuando las había escrito, las recitaba solo y sin testigos, como si estuviese predicando.

Tal vez esta práctica había sido sugerida en él los recuerdos, aún vivos, que cierto Prelado de los Estados Unidos había dejado en todo el país. Transportado á Francia en la comitiva de Pio VII, había elegido el ilustre desterrado á Trevoux como punto de residencia, y cobrado mucho afecto al pueblo de Ars, por el encanto, sin duda, que hallaba en la sociedad de los habitantes del castillo, adonde dirigía con frecuencia sus paseos. El destierro, al arrancarle de su obispado, no había llevado más que su cuerpo; el corazón del santo Obispo había quedado en medio

de su rebaño, y los lazos que á él le unian estaban constantemente sostenidos por el recuerdo y la oración. ¿Quién es capaz de describir las fervorosas oraciones de aquel ilustre Prelado en la pequeña iglesia de Ars? Mas hay una circunstancia tan tierna como interesante, que no debemos pasar en silencio: sucedía algunas veces que el ilustre Prelado se encerraba en ella, subía al púlpito y predicaba en alta voz, como si tuviera un auditorio invisible. Habiéndose tomado un día la libertad de pedirle cierta persona explicación de conducta tan extraña, al parecer, le contestó: «No debéis admiraros de eso; tengo »los ángeles de Dios por oyentes, en lugar de mis »diocesanos, y les llevan mis palabras.»

Parecía que Dios no había permitido al buen Obispo su larga residencia en tierra extranjera sino para hacer de él, como de José, el salvador de un pueblo que no era su propio pueblo. Las poblaciones que por tanto tiempo fueron testigos de la austera grandeza con que soportó los dolores del destierro, veneraron su memoria; y tal vez sus ejemplos fueron una de las fuentes en las que se inspiró la piedad del joven Párroco que, cuatro años después debía orar y predicar en la misma iglesia donde el Obispo de Nocera había predicado.

Hay para el sacerdote otro apostolado, además del púlpito, y es el apostolado sencillo que se ejerce en la calle, en el campo, en el hogar de la familia y á la cabecera de los enfermos. ¿Quién es capaz de contar el número de almas ganadas para Dios en ese género de predicación, sobre todo cuando nace de un corazón abrasado en amor? El Sr. Párroco Vianney había comprendido que no comenzaría á hacer bien á

sus parroquianos sino cuando se hiciese amar de ellos; y sabido es que hay un secreto para hacerse amar, que es mostrar mucho amor: el Párroco de Ars poseía ese secreto, amaba mucho á su pueblo

Viendo el espectáculo de una parroquia desmoralizada, muchos se contristan, se desalientan y preguntan: «¿Qué podemos hacer para que los hombres »sean mejores?» La respuesta se halla en las páginas del Evangelio: es necesario amarlos, amarlos en toda ocasión; amarlos todos los días, y amarlos de corazón. Dios ha querido que no se haga bien al hombre sino amándole. «El mundo pertenece á quien más le ame »y mejor le muestre su amor.» (*Manual de Caridad*, por el abate Mullois.) He ahí una bella palabra, cuya mejor y más brillante demostración es la vida toda del presbítero Vianney. Si ha tenido tantas almas en su mano, y ha visto tantas otras arrodilladas á sus pies, ha sido porque ha amado mucho.

¡Oh! ¡Cuánto amó desde el primer día á sus parroquianos! Desde el momento que se instaló en medio de ellos, quiso verlo todo con sus ojos, tocarlo todo con su corazón; regocijarse todo con su presencia y hacerse todo de todos por ganarlos á todos para Jesucristo. Ese es el sublime deber del Pastor, y él jamás creía haber hecho bastante para cumplirle. Su caridad ingeniosa, que pensaba en todo, sabía discretamente servirse de todo: no se contentaba con esas relaciones generales que hacen al sacerdote el hombre de todo el mundo; él quería ser el hombre de todos y de cada uno. A fin de conseguirlo, aprovechaba las ocasiones, aun las más pequeñas, para dar individualmente á sus parroquianos, particulares y directas muestras de su aprecio y cariñoso afecto, de

modo que cada uno podía creerse especialmente amado. Sin descender de la altura de su dignidad, y sin dejar un solo instante de portarse como sacerdote, era de genio abierto, complaciente y afable para con todos; siendo difícil que hallase un niño en la calle sin detenerse para saludarle y dirigirle algunas palabras cariñosas, acompañadas de amable sonrisa. Nadie ignora que este proceder, especialmente en las aldeas, es muy apreciado de los padres de familia, y sirve admirablemente para ganarles el corazón.

También le ocupaba la visita de sus parroquianos en ciertas ocasiones. No se contentaba con ir adonde se le llamaba; se presentaba á veces en donde nadie le esperaba, pero siempre de una manera discreta, buscando las coyunturas favorables, ó preparándolas. Elegía de propósito la hora de la comida, á fin de hallar á toda la familia reunida; y para no causar desorden ni sorpresa, se anunciaba de lejos, llamando por su propio nombre, con dulce familiaridad, al dueño de la casa; luego entraba, haciendo continuar á todos en su puesto (con una demostración que no admitía réplica); y después de saludar á la familia, y previas algunas preguntas sobre lo que más les interesaba, por medio de una transición manejada con destreza y gracia, empezaba á hablarles de las cosas divinas, á que su alma estaba continuamente aplicada. La conversación salía siempre embalsamada con el perfume que había sacado de su habitual lectura en la vida de los Santos. Tenía un dón especial para hablar de ciertas cosas, que otro no hubiera visto ni comprendido, y que habían quedado fijas en su corazón como flechas del divino amor. Todos le escuchaban con religiosa atención, y su visita, no sólo era

bien recibida, sino que encantaba, instruía, consolaba y afirmaba en el bien. Lo que, después de la gracia, da fuerza á las conversaciones piadosas, es la santidad reconocida de aquel que habla; y tal era entonces el ascendiente de su santidad, que el fruto de esas sencillas visitas y familiares conversaciones piadosas fué la conversión de muchas almas á Dios.

Vamos á hablar aquí de un recurso que la Providencia divina había proporcionado al Párroco de Ars, como consuelo y como medio de hacer más fructuoso su celo. Precisamente cuando inauguraba su ministerio con un deseo tan ardiente del bien y tan pocos elementos de buen éxito, estaba habitado el castillo de Ars por la señorita de este nombre; una de esas mujeres amables y heroicamente cristianas que inspiran á los que tratan con ellas el deseo de la salvación, cuya sola vista consueta y tranquiliza, y cuyas palabras y ejemplo, por fin, santifican.

Aunque por su educación y por los hábitos contraídos en su juventud pertenecía la señorita de Ars á la alta sociedad, llevaba una vida retirada, en demasía tal vez para su clase, y dividía el tiempo entre el trabajo de manos y los ejercicios de la perfección cristiana. Nada había más sencillo para ella que el empleo del día: se levantaba la primera; reunía en su sala á todos los domésticos para hacer juntos la oración y lectura espiritual, y á la noche repetía lo mismo antes de acostarse. Todos los días iba á la Misa de su señor Párroco, recorriendo á pie, en todas las estaciones del año, el cuarto de hora de mal camino que separaba el castillo de la iglesia. Al volver á su casa, prestaba todos sus cuidados á su viejo y fiel servidor San-Phal.

Un día que había venido á Misa con la nieve á

media pierna, movido de compasión el Sr. Vianney, no pudo menos de decirla: «Señorita, ¿por qué no os procuráis un coche?—Mi buen señor Párroco, le contestó: he calculado que para eso necesito una suma respetable, y este gasto sería una cantidad menos en el presupuesto de los pobres.»

El resto del día lo pasaba en la dirección y gobierno de su casa, ocupándose hasta de los menores detalles: señalaba á cada doméstico su tarea, y les hacía leer algún libro bueno (en la comida se leía la vida de los Santos); rezaba el Oficio Divino con su fiel San-Phal, y se entretenía en alguna labor de aguja.

El castillo de Ars no sólo era una casa de oración; era además el asilo de los desgraciados, el refugio de los que padecían, el hospital, el banco, el ejemplo y el remedio seguro de todo el país. La señorita de Ars había reducido sus gastos á una suma muy inferior á sus rentas, y de ese modo hallaba el medio de dar con largueza inagotable, que era el alma ó como la pasión de su vida. Sus limosnas llegaban á todas partes: Villafranca participaba de una cantidad no pequeña, y muchas familias de los barrios bajos de esta ciudad manufacturera recibían todos los años la suma necesaria para pagar el alquiler de sus casas.

Mas la señorita de Ars no se contentaba con sus dones: es un placer y mérito ordinario el dar cuando se puede, y ella aspiraba á más, pues se condenaba á un trabajo rudo é incesante. Siguiendo el ejemplo de otras señoras, que han llevado el heroísmo de su abnegación hasta hacer la cama de los pobres, preparar su comida, recoger sus viejos harapos, asearlos y coserlos con sus propias manos, la señorita de Ars estaba ocupada desde la mañana hasta la noche en

arreglar vestidos de todas clases para ancianos, mujeres, niños y recién nacidos. Conocía personalmente á todas las familias pobres de la vecindad; sabía su genealogía, el nombre y edad de los niños. Cada una de sus obras tenía determinado destino; pero cuidaba de reservar para ella las más ordinarias, las más repugnantes y groseras. Conocía bien que hay en el trabajo, á proporción que es más humilde y penoso, una cosa santificadora que obra, digámoslo así, á la manera de un sacramento, y esto explica su abnegación.

La señorita de Ars fué la primera á quien admiró la eminente virtud de su santo Párroco—así es como ella le llamaba,—y la primera que comprendió y á quien regocijó el inestimable presente que el Cielo acababa de hacer á su país. Tenía la costumbre de ofrecer todos los años al Sr. Vianney, en su fiesta, un ramillete de flores, de simples lirios. Un año no pudo presentarle el homenaje de costumbre la vispera, como solía hacer ordinariamente, y lo verificó el mismo día de San Juan, llevándole á la sacristía. Tomóle en su mano el señor Párroco, admiró su frescura y belleza, y luego le colocó sobre la ventana que está al Mediodía, en donde el sol ardiente de la estación debía marchitarlo en pocas horas. Pasaron ocho días, y los lirios conservaban aún toda su frescura, todo su brillo y perfume. Este prodigio causó gran sensación, y, precisado el señor Párroco á emitir su juicio sobre la singularidad del hecho, tuvo buen cuidado de decir, para que no se le atribuyese á él nada en el suceso, lo siguiente: «Es preciso que la señorita de Ars sea una Santa, para que sus flores se hayan conservado así.»